

# la opción

## en la literatura contemporánea

Por  
PEDRO MIGUEL  
FUENTES S. J.

**C**ADA generación piensa que su época es única y definitiva en el devenir de la historia. Fácilmente el cúmulo del presente obnubila el panorama que ha precedido y las infinitas posibilidades ocultas en el porvenir. Tal vez por eso nosotros evocamos hoy con una sonrisa entre socarrona y compasiva la autoseguridad del hombre del Renacimiento o la idolatría racionalista del iluminado siglo XVIII.

Ni Hobbes, ni Rousseau con su naturalismo arcangélico; ni Comte con su humanidad deificada por la ciencia se

atreverían hoy a sostener nuestra mirada de reproche. Y sin embargo, todos ellos creyeron que su momento era único; que habían llegado a la opción definitiva. Y la humanidad siguió bamboleándose en su peregrinación, porque en cultura no existe el avance continuado. Cada época, cada ciclo histórico, involucra un nivel cultural que, en cierto modo, sucumbe con ella.

Hubo una cultura helénica, como se dio una cultura medieval y otra renacentista. Ellas desaparecieron con el ambiente que las acunó. Lo cual no signi-

fica —por supuesto— que muchos de sus elementos no hayan pervivido en las subsiguientes culturas.

Cuando Romano Guardini, por ejemplo, nos habla del fin de la cultura renacentista (cfr. *"La fin des temps modernes"* - Editions Du Seuil) no pretende afirmar que no perduren elementos de la misma en nuestros días, pero sí que aquello que constituía su esencia está ya en crisis.

Al hablar, pues, de *opción definitiva* en la literatura contemporánea no pretendo afirmar que el fenómeno sea exclusivo de nuestro tiempo. Cada época literaria presentó una opción a su generación y ella fue definitiva para sus destinatarios. Ya Cicerón se burlaba de los "poetae novi", como du Bellay o Ronsard oponían el manifiesto de la "Pleiade" al medioevalismo agotado y Bossuet entraba tajante en la polémica entre antiguos y modernos. Cada generación literaria ha tenido su opción; de acuerdo. Pero difícilmente se halle una opción tan cruda y totalizante como la del siglo XX.

"No hay sino un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio", dirá Camus en el "Mito de Sísifo".

Y Bernanos, desde otro ángulo, en una carta inconclusa escribirá: "Los que no entienden todo lo que nuestro tiempo encierra de trágico, no precisamente a causa de algunos miles de muertos, sino porque él señala un límite en la historia del mundo, son unos asnos. Yo no tengo sino una vida para ofrecer, y la entregaría diez veces a fin de que, de este peligro, siquiera algunos..." (Cfr. "Georges Bernanos" - Cahiers du Rhône).

De uno u otro modo el hombre moderno siente suya la exclamación de Camus en "Calígula":

"El mundo, tal como está, no es soportable. Por eso necesito la luna, o la dicha, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo" ("Calígula", Acto I, Escena V).

Nunca en literatura se llevó tan a fondo la opción existencial. El novelista, el dramaturgo o el poeta del siglo XX tienen vedada la evasión literaria. Lo que en otras épocas fue legítimo, lo que podríamos llamar "literatura académica", es hoy una traición a la vocación de escritor.

Cuando Vicente Aleixandre se decide a *cantar por todos* y escoge disolver su ser en el de toda la humanidad antes que permanecer con "el corazón apretado, convulso de tu solitario dolor" realiza la opción exigida a todo hombre de nuestro tiempo: salir del egoísmo y comprometer su vida en la suerte de los demás. Por otra parte sabe que sólo así el hombre de hoy se realiza plenamente. "Sí, al fin, ¡cómo te encuentras y hallas!" ("El Poeta Canta por todos" — Historia del Corazón). La crisis del hombre moderno es tan honda que no permite a nadie —menos al literato, su portavoz— la fuga metódica.

Más que detenernos a describir la situación actual del hombre evocaremos a grandes rasgos el proceso que nos ha colocado en esta encrucijada. El nos permitirá medir el grado de gravedad en que nos hallamos y calibrar el valor de nuestra afirmación inicial. ¿Cómo hemos llegado a una opción y por qué esta opción es definitiva?

## ¿VIVIR PARA MORIR?

Las líneas tensionales lanzadas por el Renacimiento se hallan en el origen de lo que hoy denominamos "crisis contemporánea". El empirismo antitradicionalista, el autonomismo científico o la exalta-

ción de la persona fueron verdaderos átomos colocados en el corazón de la humanidad. Su valor era ambivalente y las generaciones sucesivas llevaron a cabo su desintegración, pacífica unas veces, violentas las más. No sólo estalló la concepción armónica medioeval del cosmos; saltó hecha trizas la unidad de la persona.

Por supuesto no se puede hablar de un solo renacimiento, pero en la mayoría de los países la exaltación de la razón humana desembocó en el racionalismo filosófico. Descartes fue preparado por Ockan en el siglo XIII, pero mucho más por el medio ambiente endiosador del conocer nítido y preciso. El ansia de nitidez llevó a Kant a negar el valor de esa misma razón con lo que la euforia racionalista segó sus alas al nivel del inmediato sensorial.

Nada de esto pasó sin herir profundamente al hombre espectador y actor en el proceso. Si a esta parcialización de la persona añadimos el angustioso panorama desplegado por el protestantismo en el orden religioso con su visión de la naturaleza corrompida comprenderemos hasta qué punto la desintegración fue carcomiendo a la humanidad. Sin este conjunto no se explica ni la ironía amarga y plurifacial de Rabelais, ni el escepticismo del discutido Montaigne ni mucho menos el pesimismo de Molière, Pascal o Racine. El viejo conflicto entre naturaleza y gracia, entre materia y espíritu irrumpe frenético en la vida y en los hombres a partir del siglo XVI y quiebra dolorosamente a la Francia jansenista del XVII.

Ni siquiera la clarividencia de un Pascal logra superar plenamente la visión de una naturaleza envilecida en su misma raíz.

Lógicamente permanecen islotes incontaminados, pero el torrente arrastra indefectiblemente hacia el idealismo kan-

tiano. Después de él sólo queda al hombre la posibilidad de volar con el ala enceguecida de una voluntad desfinalizada. Será inútil que Montesquieu o Voltaire proclamen un siglo de luces cuando el hombre sabe que su fulgor sólo llega hasta donde logran posarse sus manos prisioneras del tiempo y el espacio. Inútilmente Rousseau entusiasmará con su idílica *"Julie ou la nouvelle Heloise"* o Comte con el endiosamiento de la humanidad. El hombre se sabe herido en su ser íntimo y la desesperación ha mordido ya sus entrañas.

El Romanticismo es el primer intento de reacción; el primer grito de angustia lanzado en la oscuridad en búsqueda de una aurora. Pero precisamente por brotar desde dentro mismo de la noche, se perderá en su acolchado mar de tinieblas. Generalmente se define al romanticismo como una reacción del sentimiento, de la emoción, contra el asfixiante racionalismo. Pase. Lo importante es notar que su instrumento de reacción no será precisamente la voluntad sino la inteligencia. Pero una inteligencia reducida a la mínima expresión, herida de muerte. Se reacciona contra una inteligencia puesta toda en el empirismo científico y se utiliza como arma el último resquicio que perdura en esta: la fantasía.

El romántico es fundamentalmente un enfermo intelectual que huye de su dolencia a través de la ensoñación. En el fondo huye de sí mismo y del laberinto de la existencia como el Antón de Moritz:

*"Este estado le hacía siempre suspirar por la llegada de la noche, por un profundo sueño, por un total olvido de sí mismo..."*

El romántico ha perdido la capacidad de diálogo directo con la tierra, porque ha perdido en última instancia la visión sacra de lo terrestre. No se acercará a



ella con la actitud humilde y fraternal de un Francisco de Asís, ni con el amor apasionado de Péguy. Sólo desde lejos, metamorfoseándola con su fantasía, se atreverá a contemplarla:

*"Arráncate, con tu pensamiento, de la tierra que habitas; ella dejará entonces de parecerte fangosa y tomará ante tus ojos el resplandor que tiene para un habitante de la luna"* ("Hespero" - Jean-Faul).

Y arrancada esa visión de comunión terrestre el hombre no sabrá conjugar en un único impulso su amor a Dios y su amor al universo. En el mejor de los casos, como en Nerval, sólo se acercará a la divinidad por el total rechazo de la materia y de la realidad actual. Acercamiento frustrado, pues, en su mismo punto de partida.

*"Si yo he vivido hasta el presente en la esperanza de la felicidad terrestre, es menester que de ahora en adelante, viva en el verdadero porvenir, en la fe en Dios y en la inmortalidad. Me será durísimo separarme de este mundo que estudié con tanto amor... Pero sé que hay en el hombre una fuerza que, rodeada de sentidos atentos, puede expandirse con extraña energía"* (Novalis - Carta a Justo).

No exijamos al romántico la concreción de esa "extraña energía", hecha de sentimentalismo y ensueño, de ansia difusa y de evasión. Lo cierto es que su nave se debate en la oscuridad de la duda, sin el fanal de una inteligencia orientadora, bajo el impulso de una imprecisa emoción.

*"En el mar de la duda en que bogo  
ni aún sé lo que creo,  
sin embargo, estas ansias me dicen  
que yo llevo algo  
divino aquí dentro..."*

(Becquer - Rima VIII)

Conocemos hoy la insinceridad de las Meditaciones religiosas vagas y vaporosas de un Lamartine. Tanto la profunda desolación que Sainte-Beuve descubre en Musset, como las abismáticas predicciones del diluido catolicismo de Víctor Hugo en *"La Leyenda de los Siglos"* no tienen más que un denominador común: el vano esfuerzo por reconstruir a un hombre desposeído y a un universo desacralizado, con el frágil apoyo de una voluntad veleidosa en manos de una ensoñación desintelectualizada. Nada tiene de raro entonces que el romántico se sienta trágicamente burlado en su intento.

*"Yo empleé todas las fuerzas de mi voluntad para penetrar aún en el misterio del que había conseguido levantar algunos velos. Sin embargo la ensoñación se burlaba a veces de mis esfuerzos y no me traía sino figuras caricaturescas y fugitivas"* (Nerval - "Aurelia").

Sin embargo la frase de Musset seguirá persiguiendo siempre al corazón humano:

*"Una esperanza inmensa ha cruzado la  
[tierra:  
Y no podemos menos que mirar hacia el  
[cielo".*

Pero cuánto deberá andar aún el hombre hasta lograr la posesión de esa esperanza fugitiva. Sería necesario que pudiéramos seguir a Baudelaire en ese descenso desesperado a los infiernos de *"Las Flores del Mal"* y en su espantosa autocondenación al fin de la primera parte. Deberíamos acompañarlo por su París crepuscular y siniestro; habitar su decepcionante paraíso terrenal, contemplar con él el cielo clausurado a su mirada, morir su muerte y hacer con él su *"Viaje"* para sentir hasta qué punto él y la humanidad que lo rodea deambulan en la desesperanza.

Baudelaire encarna toda la tragedia de la inteligencia y de la voluntad. El, in-

teligente y voluntarioso —rebelde— como pocos, no fue capaz de rehacer lo que siglos de negación y amargura habían destrozado. Le faltó luz para ver más allá de su propio egotismo porque, en el fondo, no supo ver en la carne el instrumento de la redención. Hasta este punto el racionalismo y el jansenismo hirieron su horizonte. Rimbaud descubrirá, sí, el secreto fundamental: "Nosotros no estamos en realidad en el mundo: la verdadera vida está ausente", pero a través de cuántos falsos pasos y de cuántas miserias esta verdad se posesionará de él! Ni su amor, ni su literatura de loca embriaguez, ni su sed de espacios le darán otra cosa que desastres. Sólo en el tono triste de *"Une saison en Enfer"* entreveremos el vacío de su corazón y presentimos el drama final de posesión y desposesión que sólo Dios presenció y a través de cuyo vacío infinito logró filtrarse su infinita presencia.

Tampoco Nietzsche con su vitalismo ciego logrará otra cosa que destrozarse aún las posibilidades humanas de trascendencia. Pero todos ellos en su búsqueda desesperada no hicieron sino adelantar la parusía de la esperanza. Ellos gritaron con su melancolía la nostalgia de un amor infinito.

El "¿quién me oirá si yo gritara?" de Rilke es un clamor que inclinará benévolo el oído divino. La ausencia de Dios reclama su presencia con la fuerza abismal de los extremos. Nadie puede vivir una experiencia religiosa a fondo ni una esperanza profunda sino en función de una sensación de cautividad. Sentir la vida en cautividad es experimentar la ausencia de Dios.

"Por una paradoja que sólo puede sorprender a un pensamiento superficial cuanto menos la vida se experimente como cautividad, tanto menos estará capacitada para ver brillar esta luz velada, misteriosa, que nosotros percibimos, antes de todo análisis, como el foco y el centro

mismo de la esperanza" (G. Marcel - *Homo Viator*, p. 43 - Aubier).

Nada tendrá pues de extraño que Dios aparezca lentamente en medio de la oscuridad, de un mundo que se debate en su búsqueda aún sin saberlo.

Pocos como Rilke han sentido la angustia de debatirse en un universo sin salida:

*"Como una casa grande está la noche,  
la angustia de las manos laceradas  
arranca puertas a los muros;  
vienen pasos después, interminables,  
y hacia afuera ninguna puerta se abre.  
Y así, Dios mío, es cada noche;  
siempre hay algunos desvelados  
que van y van y no te encuentran.*

(Rilke, Libro II -  
Libro de la Peregrinación)

Pocos también como él lograron entrever la claridad alboral en el horizonte.

*"Eres futura gran aurora  
sobre las llanuras de la eternidad".*

(Ibid.).

Y por eso amará esa noche que lo aproxima al día:

*"Amo todas las horas oscuras de mi ser  
en las cuales se hunden mis sentidos.  
En ellas he encontrado, como en cartas  
[antiguas  
mi vida cotidiana ya vivida  
y como una leyenda lejana y superada.  
Por ellas llego a comprender, de pronto,  
que tengo espacio para otra vida  
ilimitada..."*

*Creo en la noche".*

(Rilke, Libro de la Vida -  
Monacal I)



## OPCION Y CONSENTIMIENTO AL SER

Aparentemente el hombre ha llegado a su máxima aniquilación. Pocas veces se han oído frases con una angustia tan lacerante como las de Unamuno o Kierkegaard. Todos los grandes espíritus de fines del siglo XIX y principios del XX sintieron deshacerse entre sus manos al hombre de sus ansias y contemplaron el resquebrajamiento total de un cosmos —el del renacimiento— que se acunó en cánticos proféticos de perennidad.

Para el hombre del Renacimiento el mundo que nacía de sus manos era el fresco cuerpo de Venus emergiendo limpio de las ondas del mar. Después de quinientos años los hombres miramos fijamente su rostro y descubrimos en sus ojos la profunda tristeza de Boticelli, toda la melancólica soledad del renacimiento, su infinita nostalgia de Dios.

Después de cada crisis definitiva la humanidad se siente arquitecto y reconstruye el mundo a su imagen y semejanza. El renacimiento fabricó su cosmos como el Medioevo, tras la crisis del Imperio Romano, encarnó en la Divina Comedia su visión totalizante del Universo. El siglo XX puso en las manos y en el corazón de sus privilegiados, la misión de hacer surgir de la noche y el caos un mundo armónico y luminoso.

La opción estaba en puerta y el dilema era definitivo: o se continuaba por el camino de la destrucción rumbo a la nada o se operaba una verdadera re-creación del universo en Dios. Cualquier subterfugio, sería, en último análisis, una elección en negativo.

Gide pudo autosugestionarse con su dandysmo esteticista pero en el fondo su vacío resultó incurable. Su egoísmo intimista, su exclusión conciente de todo el resto humano van dibujando en él la imagen más trágica del hombre: la del autoendiosado.

*"No he tenido después de dos meses un solo instante de monólogo. No soy todavía demasiado egoísta; todavía no lo soy" (Gide - "Journal").*

Quizás por esta actitud satánica palpó en su propio ser el fruto de su vergonzosa miseria: *"Señor, es necesario ocultar esto a los demás. Su 'ayer', recálida abominable"* se repite veces y veces trágicamente en su diario.

Divinizó a la belleza y al hombre en un narcisismo inigualado y perdió así toda posibilidad de comunión con los hombres, con las cosas y con Dios.

*"¡Dios mío!, ¡Dios mío!, dame de nuevo el poder de rezar! Dame la simplicidad de corazón".*

Y en un momento de sinceridad escribirá, también en su diario, una de las frases más trágicas que registra la literatura:

*"Acordaos que yo he podido amaros. Yo estoy hoy como si jamás lo hubiera amado".*

Sin más finalidad que su propio yo y un yo prisionero voluntario y definitivo de la temporalidad —"el bien está aquí, de este costado; el mal del otro lado"— Gide, una de las inteligencias más brillantes de nuestro siglo, optó a través del espejismo esteticista por una de las disyuntivas puestas frente al hombre actual: la de la destrucción absoluta.

Tampoco Camus logró, pese a su sinceridad, encontrar la ruta capaz de proyectarlo fuera del universo cerrado.

Su humanismo estoico, inmanentista, es, en el fondo la opción autodestructora. No basta renunciar a ser dios:

*"La sola regla original, hoy: aprender a vivir y a morir, y, para ser hombre, rehusar ser Dios" (Camus, "La Peste").*

El hombre renuncia a ser Dios; muy bien. ¿Pero qué significa ser hombre? ¿Supone acaso una nueva dimensión otorgada a la humanidad? ¿Supone, al menos, una esperanza en perspectiva? ¿O pretenderá Camus narcotizar el vacío infinito de diálogo que hambrea en el corazón humano con frases como ésta?:

*Ruegue a su Dios que lo haga semejante a la piedra. Es la felicidad que El asigna, la única felicidad verdadera. Haga como él; vuélvase sordo a todos los gritos, sea como la piedra mientras hay tiempo... Todo es fácil, ya lo ve. Tiene que elegir entre la estúpida felicidad de los guijarros y el lecho viscoso donde la esperamos.* (Camus, "El malentendido").

No es posible reeditar viejos estoicismos después que "una esperanza inmensa ha cruzado la tierra". Colocar al hombre frente a su propia miseria y frente a los trágicos problemas del dolor y la muerte, para decir después a ese mismo hombre que la solución está en una moral de impasibilidad marmórea que descarta a Dios como origen y término del ser y el obrar humano es empujado a una utopía prometeica cuyo resultado no sería otro que la total destrucción:

*"El hombre de hoy es, en efecto, el que en masas prodigiosas sufre sobre la estrecha superficie de la tierra; el hombre privado de fuego y de alimento, para el que la libertad es sólo un lujo que puede esperar; y para este hombre sólo es cuestión de sufrir un poco más, lo mismo que para la libertad y sus últimos testigos sólo puede ser cuestión de desaparecer un poco más"* (Camus - "Prometeo en los infiernos").

No es suficiente lamentarse "¡qué duro, qué amargo es hacerse hombre!" Ni bastante tampoco una actitud de rebelión frente al dolor y frente al mal que asedian la existencia.

*"La insurrección frente al mal sigue siendo, ante todo, una reivindicación de unidad"* (Camus, "El Hombre Rebelde").

Y no basta, porque tanto el estoicismo como el lamento infecundo como la rebelión son simples rechazos, pura negatividad, y vivir es desarrollar en positivo, todas las infinitas posibilidades humanas. Nunca se resignará el hombre a ser "piedra". No es sufrible una soledad en la que el protagonista sólo puede entrar en diálogo con sus crímenes y sus bajezas:

*"Ah, si por lo menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gozar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol!"* (Camus - "Calígula").

Tampoco es suficiente la evasión artificial de "lunas" o cosas "descabelladas"; el corazón inquieto seguirá gritando:

*"El mundo, tal como está, no es soportable. Por eso necesito... la inmortalidad"* (Calígula).

Pero si todas las salidas han sido previamente clausuradas, su clamor será un impetuoso torrente que se diluirá y apagará en las opacas llanuras de la nada.

La muerte trágica de Camus —al margen de su insondable destino personal— más que un hecho individual es el símbolo de la trágica resolución del problema humano tal cual lo planteó en sus dolorosos e inmortales escritos.

Con lógica más férrea Sartre llevó hasta sus últimas consecuencias, y con una sinceridad que es justo reconocer, la opción trágica de la existencia. Si no hay Dios, si nada trasciende el puro aparecer sobre la tierra ¿qué sentido tiene hablar de estoicismo, de reedificar, de amar al universo? El hombre deambula sobre la tierra con el solo apoyo de su libertad au-



tónoma. “¡Soy mi libertad! Apenas me creaste dejé de pertenecerte” (Sartre - “Las Moscas”).

Con una libertad desfinalizada, enloquecida por mil opciones simultáneas, la creatura se convierte en la triste víctima asediada por las moscas, sin saber a ciencia cierta hacia qué rumbo se dirigen sus pasos:

Orestes. — *Me darás las manos e iremos...*

Electra. — *¿A dónde?*

Orestes. — *No sé; hacia nosotros mismos...* (Sartre - “Las Moscas”).

Y en ese camino todo es adverso al hombre. La naturaleza y Dios son otras tantas moscas repugnantes:

*“No volveré a tu naturaleza; en ella hay mil caminos que conducen a ti, pero sólo puedo seguir mi camino. Porque soy un hombre, Júpiter, y cada hombre debe inventar su camino. La naturaleza tiene horror al hombre, y tú, tú, soberano de los dioses, también tienes horror de los hombres”* (Sartre - “Las Moscas”).

Cuando un hombre llega a exclamar:

*“No hay necesidad de parrillas; el infierno son los demás”* (Sartre - “A puerta cerrada”) ese hombre ha iniciado la más tremenda de las destrucciones. Todo se torna entonces nauseabundo para él. Ha roto con toda posibilidad trascendente y no le queda sino la marcha dolorosa hacia su propia abyección, hacia la desesperación total:

Orestes. — *¿Por qué había de rehusarles la desesperación que hay en mí, si es su destino?*

Júpiter. — *¿Qué harán de ella?*

Orestes. — *Lo que quieran; son libres y la vida humana empieza del otro lado*

*de la desesperación”* (Sartre - “Las Moscas”).

Porque en última instancia es la *desesperación* una de las dos únicas salidas para el hombre moderno, Peguy comenzará su reconstrucción del hombre y del universo por la esperanza, por esa “*pequeñita esperanza*” que silenciosamente inyecta en el hombre el dinamismo de lo trascendente.

*“La Fe que yo prefiero, dice Dios, es la Esperanza”.*

No basta preguntarse por el dolor del mundo como lo hace Péguy en la primera parte de “El Misterio de la Caridad de Juana de Arco”, es menester llegar hasta el fin de ese combate colosal entre el bien y el mal, entre el dolor y la dicha para saber que triunfa finalmente la esperanza, esa “*pequeñita esperanza*” que “*recomienza cada día*” con la frescura de un niño recién nacido. Sólo ella es capaz de hacer:

*“Almas nuevas de almas que ya han [servido días nuevos de días que ya han servido. Almas transparentes de almas turbadas almas animosas de almas postradas”.*

(Péguy)

*“Entre sus dos hermanas mayores, la [la pequeña Esperanza se adelanta pero todas llaman la atención. Sobre el camino de la salud, sobre el [camino carnal, sobre el camino áspero de la salud, sobre [la ruta interminable, sobre la ruta, entre sus dos hermanas, la [pequeñita Esperanza camina y en medio de sus hermanas mayores [parece dejarse llevar. Como un niño que no tuviera más fuerzas, llevado a desgano por la ruta y en verdad ella es quien mueve a las [otras y las arrastra”.*

(Péguy - “La Fe”)



Existe en Péguy una dichosa obsesión por esa "segunda virtud". El sintió en su flamante visión católica, que su fe corría insuflada por el impetuoso viento de la esperanza hacia el Amor definitivo. En su doloroso andar humano —del que la peregrinación a Chartres es también un símbolo— supo *"esperar contra toda esperanza"*.

Quien así se ve y ve a sus hermanos; quien así contempla al universo y a Dios, no puede dudar de que está llevando a cabo una nueva reconciliación del cosmos. No es vana utopía lo que escribe mientras planea su maravillosa "Eva":

*"Esto será una Iliada... será más fuerte que el Paraíso de Dante"*

porque en realidad está construyendo con sus manos toscas —manos callosas de hombre cantadas por él— la nueva conformación del Universo; de ese universo amado tiernamente *"una primera vez a causa de la Creación y una segunda vez a causa de la Redención"*.

Dios y el hombre se reencuentran en ese único amor. Dios y el hombre se estrechan cálidamente en esa materia despreciada o estúpidamente divinizada a partir de la crisis renacentista.

No podemos seguir, paso a paso, la magnífica reconstrucción de Péguy; su enamoramiento de la carne y de la materia redimidas. Albert Béguin, en su profundo estudio de Eva (cfr. *L'Eve de Péguy - Cahiers de l'amitié Charles Péguy* - Paris, 1948) sintetiza así la obra, que es, en definitiva, la síntesis del panorama esperanzador que Péguy despliega al iniciarse el siglo XX: *"... que Dios mismo tiene necesidad de la obra del tiempo, y que no puede, para hacer su paraíso, sino aceptar estos materiales que por sus santos, por la Iglesia, le aporta la tierra"*.

Ante una visión militante de paraíso terrestre sin fe, sin esperanza y sin amor

la literatura católica a partir de Péguy presenta su solución basada en las tres invencibles virtudes teológicas:

*"Hay una Fe que es la más fuerte;  
hay una esperanza que es la más fuerte;  
hay un amor que es el más fuerte"*.

(Claudel - "Juana de Arco en la Hoguera")

Jamás después de Dante se presentó a los hombres, en literatura, un panorama tan totalizador. Sin la utópica ensoñación de Bossuet de construir un mundo dejando de lado la realidad circundante Péguy, Claudel y Bernanos han realizado en nuestros días lo que San Agustín hizo en su tiempo a través del *"De Civitate Dei"*: explicar a los hombres del presente su engarzamiento en el plan salvífico de Dios.

Por eso todos ellos hablan con la seguridad iluminada de profetas. No que ellos no sientan el profundo vacío dentro y fuera de sus corazones. Pero saben que:

*"Este mundo con todo lo que él es, difícilmente nos persuadirá que es perfecto y suficiente"* (Claudel - Oda en el VIº Centenario de la muerte de Dante).

Precisamente por eso Claudel amará estos vacíos. Ellos no harán sino aumentar su sed de Dios:

*"¿Esta decepción terrestre es la imagen  
[de otra más perfecta?  
Yo quiero, yo amor otra más exquisita!  
Ah, yo lo enviaría al infierno!"]"*

(Claudel - Cantata a Tres voces)

*"No existe en mí otra cosa, más que una perfecta privación de Ti solo"*.

(Claudel - Cinco Grandes Obras)

En esta visión renacida del universo de todas las cosas revisten un sentido distinto. La misma felicidad inmanente es peligrosa si ella no es suscitadora de un deseo, de un ansia esperanzada. No se trata nada menos que de moverse en el ámbito de lo sobrenatural, para no caer prisionero de una tierra sin perspectivas de cielo:

*"¿Es necesario que no sea feliz? ¡Es necesario  
que no sea un satisfecho!  
¡Es necesario que no se me llene la boca  
[y los ojos  
con esta especie de dicha que mata el  
[deseo!"*

(*"Le père humilie"*)

Fué precisamente esta dicha la que en-  
ceguó a Gide con el espejismo de sus  
promesas. Claudel es de los insatisfechos,  
de aquellos que hambread siempre y es-  
tán siempre sedientos de la Justicia evan-  
gélica, que es la realización del plan di-  
vino:

*"¡Desgraciados los que no tienen sed!...  
Desgraciados aquellos cuyo corazón  
Se contenta tan pronto que su boca se  
[llena".*

(Claudel - Violaine)

Con esta hambre y esta sed realizará  
su estupendo esfuerzo de recreación del  
universo en Dios:

*"Si la tierra todo es un único templo  
consagrado a la gloria de Dios, lo prime-  
ro es reunirlo, hacerlo entrelazar en to-  
das sus partes, colocarle la cruz, quiero  
aéir los tirantes y las ligaduras de los  
camino derechos y oblicuos que vienen  
del Sud y del Norte, del Levante y el  
Poniente. Esto es lo que hemos comen-  
zado a hacer" (*"Conversations dans le  
Scir-et-Cher"*).*

Esfuerzo gigantesco, que por encima  
de todas las razas y fronteras establece  
esa República de los Santos tan paulina  
en su origen:

*"Basta que una pequeña alma tenga  
la simplicidad de comenar y he aquí  
que todas inconcientemente se ponen a  
escucharla y a responder. Ellas están de  
acuerdo entre sí" (Claudel - *"Le soulier  
de Satin"*).*

La visión claudeliana que parte del va-  
cío íntimo del corazón humano se coro-  
na así en la totalizante Comunión de los  
Santos. El espejismo de Gide, el dolor  
soledoso de Camus y la náusea de Sartre  
quedan vencidas por una realidad dicho-  
sa que plenifica a todo el Universo:

*"No hay otra paz para el hombre sino  
[en contacto  
con todos los hombres.  
¡Que yo sienta despertar, al fin, la pro-  
[funda respiración unánime!  
Vosotros no tenéis el derecho de separar  
[lo que Dios ha  
creado para que esté unido".*

(Feuilles des Saints)

Quizás con Claudel el misterio de la  
visión cósmica de Péguy se presentó un  
tanto declamatoriamente y sus resplan-  
dores oratorios corrieron riesgo de haca-  
nos olvidar que todo lo grande se realiza  
sencillamente. Si así fuera Bernanos se  
encargó de volver a sus líneas simples y  
esenciales el modelo primitivo. Bernanos  
es un Claudel sin impulsos oratorios, más  
íntimos, quizás mucho más profundo:

*"La esperanza, he aquí la palabra que  
quería escribir. El resto del mundo de-  
sea, reivindica, exige, y llama a todo  
esto esperar... La vida interior del hom-  
bre moderno tiene un ritmo demasiado  
rápido para que se forme y se nutra en  
ella un sentimiento tan ardiente y tan*



*tierno; él alza las espaldas ante la idea de estos castos esponsales con el porvenir... La tradición de la humilde esperanza está entre las manos de los pobres...* ("Enfant humilié).

El misterio oculto del Evangelio se revela nuevamente a los pequeños y la alegría retoma su paso exultante. La desesperación es para él el peor de los pecados.

En Bernanos todo el universo es Gracia. "Todo es gracia". Y desde esa vida inserta en cada respiración del universo, contempla todo lo humano. Su obra ni se explica ni se comprende sin ese mundo sobrenatural que trasberbera cada instante de la tierra. Incluso el miedo, ese favor tan abominable a los ojos de Nietzsche recobra por su mirada de fe todo el resplandor glorioso de la Cruz de Jesucristo. La agonía, la muerte, todo eso que constituye el dolor más profundo del hombre hallan en sus escritos la respuesta adecuada. Su "Diálogo de las Carmelitas" es el himno más maravilloso cantado al favor del hombre frente al sufrimiento. Y el "Diario de un Cura de Campaña" la revelación de cuanto el amor divino es capaz de realizar en el hombre más pobremente dotado.

Se trata ni más ni menos que de un cambio total de perspectiva, de una opción que involucra jugar a la carta de la fidelidad de Dios. Entre la desesperación y la esperanza Bernanos, como Péguy y como Claudel, eligió la esperanza, esa "pequeñita segunda virtud", gracias a la cual el universo se reconstruye, ya que sólo ella da la seguridad de la victoria sobre la muerte.

Cuando un hombre escribe "qué cosa más hermosa podemos nosotros esperar que estar extendidos sobre la cruz", es porque sus ojos y su corazón han trascendido el dolor y la agonía y se han

posado definitivamente, desde la tierra, en el cielo, y ha transformado el tiempo en eternidad.

## CONCLUSION

Tras un largo proceso de despojo humano-divino el hombre se encuentra hoy frente a una bifurcación ineludible. Es menester que elija entre la desesperanza suicida o la "pequeñita esperanza". Hemos estudiado sólo a un reducido núcleo de escritores. El panorama, podría alargarse indefinidamente; más aún: debería extenderse a toda la humanidad. Porque todo el conjunto humano es el que hoy enfrenta su destino con la elección irrecusable.

Para la primera opción el camino es fácil: basta dejarse arrastrar por el devenir; basta adherir el ser a las fronteras del tiempo sin perspectivas e instalarse en él.

La opción de la esperanza por el contrario es difícil y dura, porque exige el coraje y —paradójicamente— la alegría de los santos.

Coraje y alegría que deberán ir creciendo en medio de la desesperación frente al sentido de la existencia y se irán afianzando con la esperanza en un misterioso significado que va más allá de la insignificancia absurda del presente. Es, en el fondo, la gran tragedia humana: tener que plenificar lentamente en el tiempo la imagen divina. Y es difícil resignarse a buscar gradualmente esa posesión total. Es difícil experimentar la necesidad del infinito y saber que esta sed no será apagada sino al finalizar el ciclo terrestre de la existencia. La impaciencia surge de estar atraído constantemente por lo infinito y encontrar entre las manos ávidas, sólo fragmentos de finitud. Necesariamente de la impaciencia surge el desgarramiento interior. Sólo los valientes y alegres en la esperanza podrán salvar un escollo tan tremendo. El ca-

mino de los límites es angustioso y lleno de dolor y sólo se trasciende por la esperanza que es mantener viva, como una llama en medio de la tempestad, la nostalgia de lo divino, con la seguridad de que al final del proceso del tiempo aguarda el Todo.

Con esa esperanza, hecha de coraje y gozo, los ojos del hombre se reabren a un universo renacido. La solidaridad extiende sus brazos por encima de las fronteras de tierra y de sangre, de dolor y de miseria. Toda la creación se contempla entonces como la constante obra del Señor y cada paso que el hombre avanza a la comprensión de su misterio, cada nueva virtualidad que desentraña de sus reconditeces, no son sino otras tantas parusías anunciadoras del día sin ocaso. El hombre sabe que todos los hombres y la creación entera no son sino frases fragmentadas que es menester integrar en la Palabra plena y plenificante del Señor. Por la esperanza se sabe hijo que marcha hacia su Padre; se siente hermano de peregrinación de sus hermanos los otros hombres y, lo que es aún más difícil, se siente solidario consigo mismo, con su tristeza y su alegría, con su vida y con su muerte. La opción de la esperanza realiza el milagro de un hombre que es capaz de amarse a sí mismo.

Elegir la esperanza significa, en último término, definirse positivamente por la opción evangélica: "el que quiere salvar su vida la perderá, y el que la perdiere la ganará". Es vivir en la angustia agri-dulce de la espera. Pero todas las angustias acaban con la caída de los velos. La última angustia es la de esperar el fin y ella quedará resuelta finalmente cuando al aniquilarse el tiempo, ya no haya razón de esperar. Vivir en cristiano es vivir esperando contra toda esperanza. Morir en cristiano es poseer, por fin, lo tan largamente esperado.